

Pere Bosch i Cuenca

La guerra de l'arròs. Conflictivitat agraria i lluita política al Baix Empordà (1899-1909)

Lleida, Universitat de Lleida/Patronat Josep Lladonosa, 2013, 256 pàgines

El libro de Pere Bosch i Cuenca, *La guerra de l'arròs* nos relata un importante conflicto en el medio rural gironés ligado al cultivo de esta gramínea. La relación amor-odio con ella ha marcado la mayor parte de la historia de la región durante mucho tiempo, y aunque haya quedado hoy día como un importante elemento identitario y del folklore, el camino no ha sido nada fácil. Por los años en los que se centra este estudio, desde 1899 a 1909, se vive uno de los momentos más críticos para el cultivo. Tras haber sido vetado años antes por los estragos que el paludismo parecía causar entre la población, la intención de reintroducirlo en el Bajo Ampurdán va a desatar importantes tensiones que trascienden con mucho lo que el lector pueda imaginar.

Ya desde las primeras páginas, advertimos que se trató de algo más complejo que un problema local, o episodios aislados del contexto general del país. El nivel de detalle que el autor nos ofrece, así como el volumen de los datos y las fuentes consultadas, es digno de mención. Gracias a ello fundamentalmente podrán desgranarse las implicaciones personales y sobre todo políticas del asunto. El libro es, además, un trabajo ambicioso. A lo largo de cuarenta capítulos conecta diferentes escalas y niveles de análisis poniendo de manifiesto también otras problemáticas de la historiografía española.

Fue realmente como el título indica una verdadera «guerra del arroz», con la afortunada salvedad de no darse enfrentamientos físicos graves. Se relatan algunos insultos, malos recibimientos, alguna acción violenta contra propiedades, pero aparentemente nada lo suficientemente significativo o perdurable como para calificarlo de guerra entendido como luchas cuerpo a cuerpo. Fue más bien un conflicto dialéctico, pero existieron como en toda contienda dos bandos bien diferenciados: en posturas –que no tanto en ideología–, geográficamente, con claros líderes visibles a cada lado, y juegos de influencias y estrategias bien definidas.

De una parte estaban los defensores del arroz y Pere Coll i Rigau. Éste era un hombre de negocios, republicano del municipio de Pals, que representaba los ideales del nuevo ciudadano del Estado liberal. Su bando, por así decirlo, lo conformarían una vez visto el rédito de las primeras plantaciones otros propietarios de los municipios cercanos, si bien él nunca directamente se movería representando intereses grupales, sino personales que los otros suscribían por similitud.

Del lado de los detractores estaban Robert Robert i Suris –o el conde de Serra i Sant Iscle– y principalmente el municipio de Torroella de Montgrí. Robert era un hombre de perfil más conservador, primer propietario de la localidad y con ciertos in-

tereses ligados a la política nacional. Sus movimientos eran más representativos de las lealtades personales o los réditos electorales, pero consiguió la unión de las principales autoridades y vecinos de las localidades cercanas bajo su postura.

Al lado de cada uno de los líderes se situaron indiscutiblemente sus amigos, y esto es uno de los puntos más interesantes del relato, pues no eran sino influyentes personalidades del momento. Médicos, ingenieros, técnicos, periodistas, gobernadores civiles y hasta ministros y jefes de gobierno. Constituirían así una balanza tan igualada que el conflicto podría llamarse precisamente *los intrínquilis del poder o la guerra de despachos*. Serían precisamente las artes del dominio y la presión social, las diferentes caras de la búsqueda de apoyos, el enorme poder de la prensa escrita y la propaganda, la involucración de profesionales y científicos «externos», e incluso, el choque de competencias gubernamentales e identitarias, las que irán marcando el devenir de las batallas.

Aunque de cara a la opinión pública las posturas de ambos grupos iban a definirse entre favorecer el progreso agrario o proteger la salud pública, quedarse en la tradición segura o abrazar el gusanillo de la modernidad y el progreso, el arroz no fue más que una excusa para dar salida a rencillas personales e intereses políticos y económicos encontrados. Por un lado, porque las discordias en la región sobre el arroz no eran nuevas. Desde el siglo XIII se aludía ya a este litoral ampurdanés como una de las principales zonas arroceras del país, y los episodios de miedo al paludismo u otras

enfermedades infecciosas habían llevado a prohibirlo en 1792 y en 1838. Sin embargo, ahora, el enfrentamiento cobraba tintes de un litigio político entre quienes parecían representar los resquicios del feudalismo y quienes las nuevas libertades y derechos de propiedad. Ciertamente, Pere Coll y el conde de Serra i Sant Iscle tampoco se enfrentaban por primera vez. La enemistad manifiesta entre ambos se remontaba a un altercado personal años antes por el cobro de un antiguo impuesto sobre la tierra como era el laudemio. Ahora lo habían camuflado de gestos altruistas, a medio camino entre la popularidad y la influencia social.

Por dar sólo unos pocos detalles que nos permitan entender lo enrevesado del asunto, Pere Coll i Rigau conseguía permiso para plantar arroz por primera vez en 1900. En esto jugaría un papel importante el gobernador civil de entonces, José Montaner. Mientras, Robert Robert, el Ayuntamiento de Torroella de Montgrí, la Junta de Sanidad de la localidad y sus aliados iban a levantarse con todas sus armas posibles, principalmente, informes médicos que vinculasen el arroz con las muertes y las enfermedades. Conseguirían ralentizar la situación e implicar a algún que otro ministro como el de Agricultura, aunque finalmente se daría una autorización «definitiva» en 1903 –no sin cierta ayuda– y el conflicto estallaría pluralmente.

Poco a poco otros propietarios y municipios irían adscribiéndose a una u otra causa. Las cartas a despachos, quejas en prensa, artículos vejatorios contra unos y otros, y permisos y prohibiciones sucesivos

agotaban los ánimos y los esfuerzos. Las implicaciones llegarían incluso a verse reflejadas en el Primer Congreso de Higiene de Cataluña celebrado en 1906, donde se debatiría mucho sobre los problemas de salubridad de la comarca. Las reales órdenes se sucedían, pero con decisiones según simpatías. Los ministros de Fomento y de Gobernación o el propio Antonio Maura estaban permanentemente implicados, y no siempre con criterio compartido.

En definitiva, en los primeros momentos el arroz pareció ir ganando la batalla y el cultivo se extendió (rozaba las 900 hectáreas en apenas cinco años), pero a veces sin el necesario permiso o control. Esto abonó el campo para un repunte mediático del pánico a la enfermedad. Coincidiendo con cambios de gobiernos, agendas electorales, egos personales y el surgimiento de nuevos actores políticos como el nuevo gobernador civil de Girona (Manuel Moreno Churruca) el arroz volvió a ser prohibido en 1907. El bando de los detractores tenía ahora su momento de gloria y se movilizaban las reclamaciones desde el otro lado. Todo parecía volver a empezar una y otra vez.

En conclusión, inspecciones, informes y órdenes estaban supeditadas al voluntarismo o a instrucciones recibidas por altos mandos. Cualquier capacidad de intervención lógica y coherente sobre el asunto desaparecía. El desgaste, la incapacidad para hacer averiguaciones expertas sobre el terreno, no encontrar consenso sobre la incidencia del paludismo, y la salida del juego de actores importantes, acabaron dando más por dejadez que por mérito el triunfo

a las plantaciones. Los beneficios económicos parecieron influir más, y desde entonces han sido estos indicadores los que han marcado las relaciones de la comarca con la gramínea.

Pero como antes se apuntaba, lo que subyace del libro son algunos de los más importantes males que todo el país sufría por esa época. En primer lugar, que entre finales del siglo XIX y principios del XX no sólo este territorio del Bajo Ampurdán vivía años de crisis agrarias y cambios importantes en la relación entre la población y el medio que le rodeaba. La «modernización» agraria, económica, política y administrativa a nivel estatal convivía con unas realidades cotidianas mucho más particulares y que a menudo chocaban e influían más en las decisiones centrales de lo que se ha querido contar. Literatura sobre el juego de intereses y redes clientelares en el país durante la Restauración borbónica hay mucha y conocidísima, pero aún parece seguir siendo necesario demostrarla y justificarla con trabajos detallados como éste. Más cuando labores de archivo a distintos niveles siguen revelando conexiones sorprendentes entre las élites e instituciones en el poder.

Episodios al más puro estilo western fueron reales en muchos pueblos de nuestra geografía, pero no por la pasividad o docilidad de sus habitantes, sino por la incapacidad manifiesta del nuevo Estado nacional liberal para erigirse centralizado y sólido. Los motivos serían diferentes en cada lugar, pero en este caso Pere Bosch i Cuenca nos lo ha ilustrado perfectamente al no ser capaz el Gobierno desde Madrid

de dar salida a las solicitudes de nuevas plantaciones, al no nombrar un serio comité de expertos para hacer los estudios pertinentes, al no sancionar cuando no se cumplían los reales decretos, o al dar órdenes contradictorias simultáneas desde ministerios que debían trabajar conjuntamente. De hecho, y es lo más recurrente, no se tomaban decisiones. No es casual, por tanto, que conozcamos más de esta guerra del arroz por correspondencia privada que por documentación pública. Si interiorizamos estas disfunciones por muchos años y muchos frentes abiertos podemos entender el panorama político de entonces.

Porque incluso, en este conflicto se van a mezclar aspectos vinculados a los regionalismos o nacionalismos periféricos, especialmente los relacionados con el movimiento de Solidaridad Catalana surgido por aquellos años. En la provincia de Girona fue un movimiento importante, y, con ocasión de las elecciones a diputados provinciales de 1907 –en medio de esta disputa por el arroz–, las campañas políticas van a asimilar al candidato por Solidaridad Catalana como afín a los arroceros, mientras su contrincante era el perfil del conservador estatal y antiarrocero. Por tanto, ahora la lucha no era sólo tradición versus modernidad, sino que adquiriría un matiz de identidad frente a centralismo.

Finalmente, me gustaría recalcar otro punto relevante en la lectura, como es, pese a toda la negatividad que siempre rodea al conflicto, que pueda ser un motor de cambio, a veces positivo, para las sociedades implicadas. En este caso –pero extensible a

otros–, pasaría por la necesidad de organización de los protagonistas para ser más efectivos en la lucha o por el aprendizaje político. Así surgieron por ejemplo el Sindicato Arroceros del Ampurdán o posteriormente, La Comunidad de Regantes-Sindicato Agrícola de la Acequia del Molí de Pals. Pero no sólo: los avances en la educación política y sindical que pudieron derivarse del diálogo continuo con las instituciones, las mediaciones de expertos, o la simple mejora de aspectos médicos y de higiene generales para la población, incluso aumentos salariales, son logros conseguidos tras hacerse latente el conflicto.

En relación con esto, y a modo de sugerencia, se echa de menos quizás que el autor nos ofreciera un mayor testimonio de acciones que la población de a pie, rural, protagonizó. Aunque hay menciones a manifestaciones o episodios de ira popular, da la sensación de que los movimientos populares fueron prácticamente creados, dirigidos y manipulados según los cerebros pensantes de cada lado. De hecho, las alusiones constantes en las fuentes oficiales a que debieran tomarse decisiones rápidas por la urgencia de apaciguar los ánimos o de no desatar altercados de orden público, no sabemos si una vez más eran peligros latentes o simples armas discursivas. Los matices que con seguridad este enfoque podría aportar sobre las vivencias del conflicto serían muy ricos, y conseguirían abrirse otros frentes en la interpretación.

Con todo, y para terminar, querría volver a insistir en que el acercamiento a la historia regional y local, cuando se le da oportunidad y con un trabajo serio como el que

nos ha ocupado, resulta clave para apreciar aspectos de la problemática que pasan inadvertidos de otro modo. Hay que seguir reivindicándola, y especialmente desde la historia agraria, ya que ambas se han evidenciado como importantes aliadas para

entender e interpretar mejor nuestra historia más reciente.

Inmaculada Villa Gil-Bermejo

Universidad Pablo de Olavide

Derek J. Oddy y Alain Drouard (Eds.)

The Food Industries of Europe in the Nineteenth and Twentieth Centuries

Surrey/Burlington, Ashgate, 2013, 266 páginas

El volumen editado por Derek J. Oddy y Alain Drouard es el fruto de un simposio celebrado en 2011 en la Universidad de Bolonia, que fue organizado por Alberto de Bernardi y por el director de la revista *Food and History*, Massimo Montanari. Desde 1989, fecha del primer encuentro en Münster, la Comisión Internacional para la Investigación en Historia Europea de la Alimentación, conocida por su acrónimo en inglés (ICREFH), ha venido fijando reuniones temáticas bianuales con especialistas de numerosos países europeos y recogiendo resultados de investigación histórica desde una pluralidad de perspectivas y metodologías. Si alguien quiere adentrarse en la historia de la alimentación y de la producción de alimentos en Europa, los volúmenes editados en estos encuentros y las aportaciones desde el IEHCA (Instituto Europeo de Historia y de Cultura de la Alimentación) ofrecen una base indispensable para comenzar cualquier investigación. En el caso del simposio de Bolonia, éste se adentraba en los cambios en la pro-

ducción de alimentos y sus efectos en el consumo en el siglo XIX y XX.

El avance de la organización productiva en industrias alimentarias vertebró la primera parte de este volumen. Tal y como reconocen en su contribución dos de los pioneros del estudio en Alemania, Karl-Peter Ellerbrock y el recientemente fallecido Hans-Jürgen Teuteberg, la progresiva formación de una industria de los alimentos sobre nuevas bases tecnológicas, energéticas y organizativas desde mediados del siglo XIX ha sido en gran medida infravalorada en favor de otros sectores a los que se ha considerado los verdaderos ejemplos de la revolución industrial como el textil, la minería o la siderurgia. Baste señalar que hacia 1846 los caballos utilizados por empleado en la industria de la alimentación alemana solamente eran superados por la industria del hierro y del acero, y que antes de la Primera Guerra Mundial el sector tenía una posición dominante si se tiene en cuenta el incremento de producción durante las últimas décadas (p. 17). La producción de azúcar de remolacha fue uno de